

1993: Año Internacional del Indígena

EN el Centenario del Descubrimiento tal vez como un preámbulo obligado y, sin duda, oportuno a la declaración de 1993 como el Año Internacional del Indígena, el Premio Nobel de la Paz ha recaído en la guatemalteca Rigoberta Menchú, por su defensa de los derechos de los pueblos aborígenes. Ante esta declaración solemne debemos ser cautos en nuestras ilusiones.

Experiencias similares y muy cercanas en el tiempo nos enseñan, lamentablemente, que después de los fastos y de las celebraciones que parten del mundo «civilizado» con el deseo de contribuir a la mejora de realidades desagradables del mundo «subdesarrollado», estas circunstancias no mejoran y ni siquiera llegamos a un conocimiento exacto de la situación.

Huelgan los ejemplos: se clausuran los ciclos de actos, conferencias, exposiciones, ediciones especiales, programas audiovisuales, sobre la mujer, sobre el libro..., y los derechos de la mujer siguen siendo ignorados o leemos cada vez menos. La magnífica oportunidad de conocer la realidad indígena en el ámbito iberoamericano que ha supuesto la celebración del

Centenario también ha sido desaprovechada: ni las exposiciones de arte americano primitivo, ni las conferencias y menos aún las disputas léxicas en torno a declaraciones como «exterminio», «descubrimiento» o «encuentro» han contribuido a mejorar las pésimas condiciones sanitarias, o

el analfabetismo, o los graves problemas de subsistencia que son en las comunidades aborígenes americanas males endémicos acuciantes.

LOS más de cinco millones de indígenas pertenecientes a 300 ó 400 etnias —las variaciones cuantitativas dependen de los criterios de los censos y estadísticas—, un millón de los cuales ni siquiera hablan español a cinco siglos de la conquista, y que se hallan repartidos en los países americanos siguen padeciendo los mismos avatares cotidianos y a ellos parece corresponder la triste prioridad del sufrimiento. Son las primeras víctimas de los conflictos armados de todo signo: reclutados a la fuerza durante tres décadas en la guerra civil guatemalteca o en el enfrentamiento salvadoreño; asesinados y desposeídos de sus tierras desde El Salvador hasta el Brasil; hacinados en campos de refugiados distantes, como les ha ocurrido a los mayas que aún permanecen en México con un incierto destino; sometidos a todo tipo de violación de los derechos humanos, que para ellos no son ni siquiera una expresión. Igualmente resultan ser los más perjudicados por la insensata expoliación de su medio natural: al caso más conocido de la tala de la Amazonía y del vertido de mercurio o de desechos industriales y nucleares en sus ríos, se suman muchos otros, como el de la desaparición progresiva de la selva lacandona en México... Pero de nada les sirve huir a las ciudades industriales en pos del mínimo de subsistencia: también allí su sino trágico se hace presente sumergiéndolos en bolsas de pobreza, en las favelas de Río, en los alcantarillados de Bogotá o en las barriadas sin nombre de Caracas; la pobreza los empuja irremisiblemente a la drogadicción, o a la muerte. La denuncia que muchos intelectuales hacen del peligro de «trans-culturación» de los marginados urbanos resulta penosamente risible en relación con la dura realidad vivida por éstos.

Podríamos seguir enumerando males y desdichas sin término. Ellos son las primeras víctimas del narcotráfico en todas las situaciones posibles, tanto si se constituyen en mano de obra regalada en las plantaciones de coca como si se dicta la

sentencia de destrucción de las mismas. Los aborígenes americanos parecen estar fatalmente destinados a la desaparición paulatina por y en cualquiera de estas situaciones, y no precisamente en tiempos de la conquista española, sino cinco siglos después. Es evidente que las «Leyes Nuevas» de 1542, en las que se dejaba constancia de la obligación moral de protección y de trato igualitario para con los hijos naturales de estas tierras americanas no han sido tomadas en cuenta. Lo que sí parece haber prosperado es el refinamiento y la multiplicación de los procedimientos de exterminio.

La doble moral occidental y civilizada que, por una parte, promulga leyes de protección, financia programas de desarrollo y de conmemoraciones y, por otra, tala bosques, proporciona a buen precio armas a las facciones en lucha o se enriquece con el narcotráfico internacional, tiene su cuota de responsabilidad en el proceso. Ya va siendo hora de que, con sinceridad, inicie un camino de autocorrección sin falsos juegos plañideros de «mea culpa» respecto del pasado, que no solucionan nada en la realidad del presente.

LA *solidaridad con estos pueblos también tiene sus portavoces activos en el mundo occidental, especialmente en organizaciones no gubernamentales como «Cáritas», «Cruz Roja», «Intermón», «Manos Unidas», «Médicos sin fronteras», por nombrar sólo algunas. Y tal vez, si se tomaran en cuenta y se extendieran los resultados de los programas de alfabetización o de mejora sanitaria que ya llevan a cabo estos organismos, se encontrarían soluciones definitivas para el lamentable estado del indígena. Los esfuerzos heroicos de tantos misioneros de la paz y de la solidaridad resultan tristemente inútiles si no se corresponden con una política coherente. No se trata de acallar nuestras conciencias de ciudadanos ricos con dádivas navideñas, y menos todavía con la declaración ampulosa de aniversarios especiales. Se trata de evitar el genocidio de muchos miles de seres humanos.*